**93. Invisibilidad**

Un grupo de físicos de una universidad china ha diseñado y construido una especie de **capa de invisibilidad**para que los objetos desaparezcan totalmente.

La idea es construir un aparato que no distorsione la luz refractada por el objeto sino que directamente **consiga eliminarla** para hacerlo desaparecer.

Antes crearon un cilindro basado en anillos resonadores concéntricos que transforma en invisibles los objetos introducidos en él. Según sus declaraciones, los resultados del aparato coinciden con los esperados, según los informes hechos con técnicas de simulación por ordenador. Por ello, mantienen muchas esperanzas en comercializarlo.

Leía la noticia al tiempo que pensaba en la gran esperanza que se cerniría en las mentes de muchos compatriotas por las grandes posibilidades que tendrían para practicar estupendos latrocinios. Pertenecemos a una tierra donde el hurto en menor o gran escala estuvo presente, bien visto y simpáticamente aceptado. El llevarse ceniceros, centros de mesas, vasos, postales o dulces constituyeron y siguen –de ahí la afección retorcida de la cleptomanía– como morbosas prácticas para su posterior exhibición. Otros, más ambiciosos y poco dados a mimetizarse con el pueblo, ese que huele a incultura y a marcas blancas, lograron ingenierías financieras para coleccionar cromos de George Washington en los paradisíacos cantones helvéticos.

Aceptamos por su evidencia y contundentes argumentos científicos la influencia genética en nuestra constitución biológica pero, y como argumentaba Richard Dawkins –conocido científico– existen los genes afectivos, herencia que influye en nuestras conductas.

Cuando durante siglos ha, bien por necesidad, la misteriosa impronta, el simple divertimento o la socorrida picaresca, hemos sembrado artes sociales poco ortodoxas, ahora recogemos cosechas hasta para exportar. Lo productos homínidos obtenidos, gracias a las ciencias y técnicas resultan ecológicos, espléndidos, ya cultivados en aristocráticas tierras o en las de barbecho.

Como de cualquier marabunta surgen beneficios, los expertos no dejarán de perfeccionar sistemas de alta seguridad para que no resulten birlados por seres invisibles las mercancías de los grandes almacenes o los productos de los supermercados. Sin embargo, dudo que decaigan las ventas de los aparatosos candados o pesadas horquillas para que las bicicletas no se esfumen sustraídas por cacos invisibles en un fugaz pestañeo de sus dueños. Imagino que los poetas dedicarán loas a los toscos artilugios por sus tradicionales persistencias y beneficios aportados a la propiedad privada.

Otras muchas y variadas aplicaciones tendrá el sorprendente invento, tantas, que ahora estoy seguro que China conseguirá el dominio del mundo: barcos invisibles, aviones, soldados tanques… una futura guerra de invisibles contra invisibles para alcanzar una victoria visible, supongo.

Lo siento por los magos, los pobres, que caerán en postración porque por mucho que aseguren a los públicos que las desapariciones surgen de su magia pura, siempre habrá quien desconfíe y piensen si compraron el invento chino.

Aturdido todavía, espero que mis burbujeos intracraneales lleguen a la serenidad que proporcionan las quietudes y, recompuesto, huya de mí el fantasma de la invisibilidad y mi espíritu –pero, ¿qué digo? si también es invisible al fin y a la postre– se lleve bien con la que nos llega.